EN MANOS DEL NIÑO RUSO, EL JUGUETE O EL CUENTO SON FACTORES EDUCATIVOS

El plan del Estado ruso es crear una sociedad más humana, en la que todos disfruten de lo útil, así como de lo agradable. Y en este proceso depurativo de lo humano, útil y agradable, es como va estructurándose la nueva sociedad rusa. Así, en el niño, pues lo primordial está en despertar y desarrollar en él un sentimiento de humanidad, no por temor, sino por convencimiento, haciendo que anide en él una aspiración a ser útil a los demás. Eso es fomentar en él un hábito de generosidad, de aversión hacia el egoísmo individual y de amor hacia la vida colectiva.

Los juguetes del niño ruso no son juguetes de bazar, fabricados en serie por las fábricas alemanas. No! El niño ruso se los fabrica él mismo. Juega al hacerlos y se divierte al usarlos.

Según la edad y aptitudes, el niño ruso, con los más sencillos elementos (papel, cartón, cajas de cerillas carretes de hilo), construye los juguetes más ingenuos y primorosos: carritos locomotoras, vagones de ferrocarril. Ya mayorcito, maneja pequeñas herramientas de carpintero: sierra la madera, pule los cantos, cepilla las rugosidades de la superficie, arma los trozos de madera y, sugetándolos con clavos, forma los juguetes más diversos: tractores, autos, aeroplanos. Y si en el niño hay el embrión de un futuro escultor, talla la madera de un modo ingenuo y labra figurillas un tanto primitivas, imitaciones del hombre y de los animales.

Cuando los niños han fabricado los juguetes necesarios para su uso, siguen construyendo algunos más, destinados a guardarlos en stock para venderlos a los turistas y forasteros que visitan sus escuelas. El producto de la venta se emplea en mejorar el material de la escuela y en comprar aparatos científicos, que no se fabrican en Rusia y hay que adquirir en el Extranjero. De este modo el niño ruso aprende a ser práctico, útil y económico.

Los niños rusos, además de fabricar sus juguetes, se solazan leyendo libros de cuentos. Y, al igual de los lectores mayores, buscan en el libro algo que les interesa, que esté de acuerdo con sus sentimientos y sus ideas, pues el campo de comprensión es limitado; a mayor extensión, más superficialidad en la materia, y a mayor especialización, mayor profundidad y dominio.

Los niños rusos, los pequenos lectores de los libros de cuentos para niños buscan eso también. pero instintivamente. No sabran explicarlo de palabra; pero lo darán a comprender por sus reacciones. En Rusia, para captar estas reacciones, los autores de cuentos para niños, antes de entregar sus originales a las editoriales dan una lectura colectiva ante sus verdaderos criticos: los niños| Los maestros asisten a estas lecturas y siguen con verdadera atención los gestos que se producen en los semblantes de los pequeños oyentes, deduciendo por ellos de la calidad de la obra. Si los niños se distraen, bostezan o se duermen, la obra es rechazada por mala. No ha interesado al sector de lectores a que iba destinada. Que, por lo contrario, los niños ríen a carcajadas, siguen con verdadero interés la lectura, y en sus rostros expresan la emoción sentida: entonces la obra es reputada por buena y aceptada en las editoriales.

Y es que los literatos rusos que se especializan en la literatura para niños no ignoran que para escribir libros de cuentos para niños hay que hacerse niño. Pensar en niño. Revivir la infancia y preguntarse: "Qué me interesaba a mí en aquella edad? Cuáles eran mis preocupaciones?" Y para establecer contacto con el tiempo presente, preguntan a los niños, y a su vez son preguntados por ellos, y así deducen las orientaciones que en estado embrionario laten en el intelecto infantil, ya que el pensamiento de los niños no esta lo suficientemente desarrollado para ue puedan expresar la idea de palabra.

No ocurre lo mismo en nuestras latitudes, donde la imaginación del niño varía según su inteligencia o el ambiente en que se mueve, y esto hace que durante un tiempo vivan mentalmente un tiempo vivan mentalmen- antiguos cuentistas situaban la acción de sus cuentos en un mundo fantástico, donde los personajes eran hadas, gigantes, gnomos, que vivían una vida irreal muy agitada, con ribetes de realidad. La narración terminaba siempre en moraleja. Estos cuentos despertaban y mantenían un vivo interés en el niño; pero, a pesar de dejar en su ánimo la simiente de la moral, eran nocivos, por lo engañoso del contenido, y porque creaban en el niño un raro confusionismo, aportado por el contacto imaginativo con los seres irreales que se movían en la narración, y que a solas les torturaban el subconsciente. A los niños hipersensibles les costaba un esfuerzo sobrehumano reaccionar sobre estas visiones fantásticas, que parecían tomar cuerpo de realidad en las habitaciones obscuras y en los lugares solitarios.

Estos cuentos fomentaban el miedo y el temor, deprimían la infancia, torciendo su sensibilidad, y convirtiendo al niño en un ser huraño, desconfía, insociable y cobarde; oprimían su espíritu, mataban su optimismo y le hacían disimulado e hipócrita.

Hoy día, en Rusia, los cuentos para niños han alcanzado un grado de depuración. Además del fin ético de la narración, existe un fin sociológico. Plasmación de la vida real. Cada cuento es un jirón palpitante de vida de personajes reales, en donde se resuelve o se sugiere un problema. Y esta visión real de la existencia, indudablemente, hará nacer en la nueva generación de futuros creadores verdaderas ansias de mejoramiento social dentro de la estructura de la Humanidad. Esta labor realizada por los autores de cuentos para niños en Rusia irá germinando poco a poco en el seno de la infancia, hasta hacerle concebir un ideal de sociedad más comprensiva e ilustrada que se aproxime a la perfección. En Rusia toda la labor pedagógica parece estar encaminada en este sentido: hacer la vida más humana, útil y agradable para todos.

Santiago Masferrer y Canto.

Montevideo, sede de la próxima Conferencia Panamericana, que abre una incógnita en el futuro incierto de las relaciones entre América Latina y la América Sajona, y que, talvez, alimenta la ilusión de opíparos banquetes en la mente de muchos diplomáticos de profesión.

© BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.